

Además, es a todas luces evidente que Cristo es el prototipo de santidad y de perfección y que María es de tal manera su copia más fiel que Dios, *de potentia ordinaria*, como dicen los teólogos, no puede hacer que alguna otra criatura se asemeje más a su Unigénito, ni que refleje mejor, ni aun de manera igual, las bondades, las hermosuras y la santidad divina. Bien pudo decir Bossuet que la Santísima Virgen fué un esbozo anticipado del Redentor, pues ya había dicho San Bernardo (Hom 2.<sup>a</sup> super Missus) ¿qué otra cosa es toda la vida de María sino un ejemplar de la vida de Cristo? Y así había de ser por el parecido y semejanza que la naturaleza pone entre padres e Hijos; por la estrechísima unión moral que había de darse entre Jesús y su divina Madre, la cual, como dice S. Agustín, concibió al Verbo antes en su alma y en su corazón que en su cuerpo, para dar a entender que el parecido físico entre ellos era reflejo débil de la uniformidad de sus espíritus, porque de un mismo amor divino procedió la Madre y el Hijo, y el amor de Dios es la única razón de todo el bien de las criaturas, y porque para una misma grandiosa empresa fueron destinados, necesitando, por lo tanto, condiciones parecidas.

No es de sorprender, por lo tanto, que al decretarse en el cielo la personalidad de la Santísima Virgen y sus relaciones con el Verbo hecho carne, fuese juntamente decretada su impecabilidad, porque así como decretada la Encarnación no pudo menos de pensar la Trinidad Beatísima en Cristo impecable por naturaleza, porque esencialmente impecable era el Verbo que personificaría la naturaleza humana del Redentor, así no pudo menos de pensar en María impecable por gracia, ya que el plan divino era que el Verbo viniese al mundo por medio digno de El, y que tuviese para realizar la misión que el Padre le había dado una cooperadora excellentísima, lo cual expresa admirablemente la Venerable Agreda al decir que fué decretado que el Hijo naciera no solo de Madre, si que también *de tal Madre*.

Discurriendo un poco acerca de la historia paradisiaca, se ve gran conveniencia en la impecabilidad de la Stma. Virgen, porque si la debilidad de Adán para dejar coger su corazón por las insinuaciones de Eva exigió para su reparación un espíritu tan fuerte como el del Hombre Dios, la facilidad de Eva para entregarse a Satanás requería un alma que, firme en medio de los mayores sacrificios, jamás sintiese desaliento y que cualesquiera que fuesen las acechanzas del demonio no pudiese caer en sus diabólicos lazos.

Acaso haya quien diga que las razones apuntadas tienen poca fuerza, precisamente porque prueban demasiado, pues tanto la unión moral entre Cristo y María, unión que los haría casi como una misma cosa y persona, cuanto los oficios santificadores que desempeñaría la Santísima Virgen, no menos que sus derechos a privilegios, gracias y providencia especialísimos, más bien prueban su impecabilidad física que la impecabilidad moral que solamente defendemos para nuestra divina Madre. Y con tanta más